

Francesc Miralles

EL CASTILLO DE LOS 9 ESPEJOS



Una fábula sobre el poder de los sueños

Incluye manual práctico
y nuevo prólogo del autor



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad

EL CASTILLO DE LOS 9 ESPEJOS

Francesc Miralles

1.^a edición: marzo de 2020

Corrección: *M.^a Àngeles Olivera*

Diseño de cubierta: *Coffeemilk*

© 2020, Francesc Miralles

www.francescmiralles.com

(Reservados todos los derechos)

© 2020, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-561-8

Depósito Legal: B-2.902-2020

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Espejo es	7
-----------------	---

EL CASTILLO DE LOS 9 ESPEJOS

<i>Una fábula sobre el poder de los sueños</i>	11
Fin de ciclo	13
Sesión cero	15
La firma	19
Sesión uno	21
Pista de despegue	24
<i>Primer espejo</i>	26
Sesión dos	28
<i>Segundo espejo</i>	31
El chico de las bicicletas	33
Sesión tres	35
La visita	38
<i>Tercer espejo</i>	40
Sesión cuatro	42
Las Carlotas	44
Incógnitas	46
<i>Cuarto espejo</i>	48
Sesión cinco	50
La cita	53
El diagnóstico	55
<i>Quinto espejo</i>	57
Sesión seis	59

En la barcaza	63
<i>Sexto espejo</i>	66
El restaurante chino	68
Sesión siete	71
El mensaje	74
<i>Séptimo espejo</i>	76
Sesión ocho	78
Andrea	80
<i>Octavo espejo</i>	82
Sesión nueve	85
Beatriz	88
<i>Noveno espejo</i>	90
Última sesión	92
Primavera	94

MANUAL PRÁCTICO

CÓMO TENER SUEÑOS LÚCIDOS

Y ENCONTRAR TUS ESPEJOS PERSONALES	97
Sueños lúcidos: una puerta al otro lado del espejo	99

ACERCA DE LA LUCIDEZ	103
La era del sueño: una historia enigmática	105
Estar despierto estando dormido	108
¿Cómo provocar los sueños lúcidos?	111
El yoga del sueño	116
Lucidez y viajes astrales	120
El genio interior	124
Preguntas y respuestas	128

EL PALACIO DE LOS ESPEJOS	131
Los sueños como entrada al inconsciente	133
Freud: bajo el iceberg	137
Jung: las estancias secretas del alma	142
La espada de la lucidez contra los miedos	146
Espejos personales: un método de localización	151

MANUAL DE INSTRUCCIONES PARA VIAJEROS LÚCIDOS	155
Antes del despegue: la preparación del onirauta	157
Meditación y despertar	162
Dentro del sueño lúcido: cómo retener el escenario	166
Nuestra hoja de ruta	169
Aterrizaje y reflexión: ¿dónde estaban los espejos?.....	173
 ANEXO 1	
Un diario de sueños.....	175
 ANEXO 2	
Interpretación: la lectura de los espejos	179
 Bibliografía.....	181
 Acerca del autor	183

ESPEJO ES

El origen de este libro, que se publicó por primera vez hace más de quince años, se halla en mis inicios en el mundo editorial. Tras estudiar filología alemana y un posgrado de edición, empecé a recibir encargos como traductor de libros en inglés y alemán que me abrieron las puertas a aspectos de la psicología y espiritualidad que desconocía. Poco después fui contratado como editor de un sello con esta clase de contenidos.

Uno de los temas que me fascinó fue el de los sueños lúcidos. Me fijé en que había diversos ensayos sobre el tema, pero no conocía ninguna novela que narrara esta clase de experiencias. Era el año 2003 y empecé a diseñar el argumento de *El castillo de los 9 espejos*.

Por aquel entonces, acababa de establecerme como *freelance* –la vida de oficina no era para mí– y mi experiencia literaria como autor apenas había salido de la literatura juvenil. Quizás por eso, cuando mi agente, Sandra Bruna, vendió al editor de Obelisco mi proyecto, decidí firmarla con el nombre de la protagonista, Irene Mond, puesto que está narrada en primera persona.

Salvando distancias siderales, me inspiré en lo que había hecho Hermann Hesse con *Demian*, que se publicó inicialmente bajo la autoría de su joven protagonista: Emil Sinclair.

Mi fábula sobre los sueños lúcidos se publicó en 2004 y tuvo muy pronto una segunda edición, lo cual fue una noticia muy agradable. Varios lectores que conocían el secreto de que yo era el autor me animaron a preparar un segundo libro, en forma de manual, para quienes quisieran emprender viajes como los de Irene Mond.

De ahí surgió Sueños lúcidos: cómo inducirlos e interpretarlos, donde me limité a divulgar la sabiduría de los especialistas en el tema con un enfoque práctico. Se publicó en 2005, firmado por Irene Mond y Alexander Alba.

«¿Quién es Alexander Alba?», tal vez te preguntarás. Se trata del profesor, especialista en sueños lúcidos, que guía a Irene Mond a lo largo de sus aventuras. En la novela aparece como Dr. Alba y está inspirado, en cuanto a físico y carácter, en un médico al que conocí en mi adolescencia.

En aquella época, mientras iba de fracaso en fracaso en los estudios, mi vida era de un nihilismo total, fuera de los conciertos de punk a los que acudía casi diariamente. *No future* era lo que sentía en el fondo de mi alma. Tenía pocos amigos, no había conocido aún el amor y estaba muy enfadado con el mundo.

Llegó un punto en el que, a los quince años, dejé de ir a clase y empecé a beber cerveza y coñac cada mañana mientras jugaba a cartas con otros prófugos del instituto.

Muy preocupada, mi madre decidió llevarme a un psiquiatra que le habían recomendado, por si él daba con la clave que ella no había encontrado. Acepté a regañadientes y me encontré en la consulta de un hombre de edad muy avanzada, de pelo y barba canos y gafas de pasta. Su mirada y su tono de voz eran muy amables. Desde el primer momento supe que no me juzgaba, sólo trataba de comprenderme, sabedor de que la vida no es nada fácil para nadie.

Era el Dr. Alba Chica, y aunque me gustó mucho charlar con él, no pude disfrutar más que de un par de sesiones, porque de una semana para otra dejó su consulta, quizás por problemas de salud que le obligaron a jubilarse.

Incluirlo en la novela es un homenaje a este personaje que, por tan breve tiempo, fue un faro de luz en el túnel de la adolescencia.

Al preparar esta versión revisada de la novela, me he dado cuenta de que *El castillo de los 9 espejos* fue mi primera fábula –y, de hecho, mi primera novela–, años antes de escribir con Care Santos *El mejor lugar del mundo es aquí mismo*, y con Álex Rovira *El laberinto de la felicidad* y *Un corazón lleno de estrellas*.

Por lo tanto, aunque de manera más desnuda y primitiva, aquí está la esencia de lo que acabaría siendo mi estilo en la narrativa inspiracional, con la particularidad, además, de que esta fábula la escribí solo.

Además de que la protagonista narra la historia en primera persona, en su momento no quise firmarla porque tenía lo que mi amigo Xavier Guix ha etiquetado como «síndrome del vicepresidente». Me avergonzaba estar bajo los focos, así que prefería ceder el protagonismo a un coautor o, como en este caso, a un seudónimo, aunque sea el alma de la novela, que resumiré –sin *spoilers*– a continuación.

Sumida en una honda crisis existencial, Irene Mond acude a la consulta del Dr. Alba, que la ayudará a transformarse a través de los sueños lúcidos.

Para ello tendrá que encontrar 9 espejos –reales o simbólicos– que se ocultan en su mundo onírico, cada uno de los cuales guarda una importante revelación para sí misma.

Al fundador de Obelisco, Juli Peradejordi, le gustaba mucho esta fábula y siempre me decía que le parecía preciosa y muy inspiradora.

Aquí quiero hacer un punto y aparte para hablar de la persona que llevó a la imprenta este libro por primera vez y que ahora lo ha revivido en esta nueva edición.

Los que conocen desde dentro el sector editorial saben que es un mundo duro y áspero, instalado casi siempre en la negatividad y la urgencia, carente muchas veces de humanidad y amabilidad. Juli Peradejordi es una honrosa excepción, y, de hecho, es una de las pocas personas de nuestro mundillo del que todo el mundo habla maravillas. Quince años después, le considero un buen amigo, además de un autor admirado –además de editar, escribe– al que he citado a menudo. Aunque coincidamos sólo un par de veces al año para comer, siempre son encuentros que nutren la mente y alegran el corazón.

En uno de los últimos, me dijo que le gustaría que firmara con mi nombre *El castillo de los 9 espejos*, una fábula que él nunca ha visto como una obra menor. A Juli no le puedo decir que no, así que acepté su propuesta y le sugerí que añadiéramos aquel pequeño manual práctico al final para que el libro fuera aún más completo.

Al releer esta fábula por vez primera en catorce años, casi todo lo que sucede me ha venido de nuevo, realmente como si no la hubiera escrito yo. Tal vez sea así, y aquel yo que la escribió ha dejado ya de existir para ser otra cosa.

En la lectura, me atrajo la personalidad de Irene Mond, que tiene mucho más carácter del que recordaba, y he disfrutado con sus conversaciones con el Dr. Alba, así como con los sueños formidables que la llevan hacia el centro de sí misma.

Cada sueño incluye un espejo revelador, y ahora me doy cuenta de que mi apellido tiene que ver con eso. Si lo separamos, MIRALL ES significa, en catalán, «espejo es», un recurso que mi padre había utilizado al escribir poesía para mis abuelos en alguna celebración.

Quiero aprovechar este prólogo para dar las gracias también a Anna Mañas, la mano derecha de Juli, que me confesó hace poco que le hacía especial ilusión la nueva edición de *El castillo de los 9 espejos*, porque había sido uno de los primeros libros de los que se había ocupado al entrar a trabajar en la editorial. Gracias también a su entusiasmo y eficiencia, esta obra ha llegado a tus manos.

A Juli, a Anna, a Sandra y a ti, que sostienes este libro, ¡gracias por existir!

FRANCESC MIRALLES

EL CASTILLO DE LOS 9 ESPEJOS

Una fábula sobre el poder de los sueños

*«Lo que ves con los ojos cerrados
es lo que cuenta».*

LAME DEER

FIN DE CICLO

El día en el que mi vida iba a cambiar estaba atenazada por el miedo, que hasta entonces siempre había condicionado cada aspecto de mi existencia.

Por miedo a estar sola había enlazado una relación negativa tras otra para casarme, finalmente, con el hombre equivocado. Por miedo a herirle, prolongué cinco años un matrimonio que no debería haber durado ni cinco minutos más.

Luego, la soledad.

Por miedo a fracasar de nuevo cerré la puerta a nuevas relaciones.

Un temor lleva al siguiente, y pronto empecé a tener serios problemas para conciliar el sueño. Me angustiaba estar sola en casa y no lograba serenar la mente. Llegaba a la oficina agotada, y tenía que hacer serios esfuerzos para mantener la calma ante el aluvión de llamadas telefónicas. No es divertido trabajar en el departamento de reclamaciones de una empresa si tienes la autoestima por los suelos.

Supongo que mi rendimiento había bajado de manera considerable, pero cuando la jefa de personal me comunicó que estaba despedida, no me lo podía creer. Sencillamente me derrumbé.

Corrí a casa y estuve llorando toda la mañana hasta que caí rendida. Ahora sé que estaba deprimida y me sentía vacía por dentro. Pero entonces no entendía qué me pasaba, y no encontraba fuerzas para salir del pozo por mí misma.

Al despertarme a media tarde, recuerdo que lo primero que hice —no sé por qué— fue mirarme en el espejo. Delante del cristal me dije:

«¿Adónde vas, Irene? Tienes ya cuarenta años y estás sin trabajo, sin amigos, sin amor. ¿En qué has fallado?».

A mitad de mi soliloquio llamaron al timbre. Me lavé la cara con abundante agua fría antes de ir a la puerta. Soy muy orgullosa y no soporto que nadie sepa que he llorado. Me pasé el cepillo por el pelo un par de veces y corrí a abrir.

No era nadie. Primero pensé que se trataba de una broma de algún niño del bloque, pero, acto seguido, vi un pequeño sobre blanco que descansaba sobre mi alfombrilla. Alguien había venido a traerlo, pero no se había esperado a que lo recogiera en mano. «Qué extraño...», pensé.

Me senté en el sofá con el sobre en la mano y permanecí inmóvil unos segundos, demasiado aturdida para hacer nada. Finalmente me decidí a abrirlo. Dentro había una hoja de calendario con un mensaje detrás escrito a mano. Decía lo siguiente:

Siento mucho lo que te ha sucedido. Llevo observándote un tiempo. Sé que has luchado para mantener ese trabajo y ahora debes de sentirte fatal. Pero tómalo como el fin de un ciclo. Si necesitas un empujoncito, conozco a una persona que puede ayudarte:

DR. ALBA, Avda. de los Tilos, 9.

SESIÓN CERO

Más por curiosidad que por convencimiento, esa misma tarde decidí acercarme a aquella dirección. Quería saber quién era aquel doctor al que me enviaba el autor de la nota.

Primero pensé que podía ser un psiquiatra, pero al llegar a la avenida de los Tilos descarté esa idea: era una antigua calle residencial donde la mayoría de las casas estaban abandonadas o bien se hallaban en obras. Gran parte de ellas no exhibían número alguno, y me costó trabajo dar con la casa correcta. Supe que era allí por la placa:

«DR. ALBA, ESPECIALISTA EN SUEÑOS LÚCIDOS».

Mi primera reacción fue dar media vuelta y volver a casa. Aquello sonaba a una broma de mal gusto. Pero había consumido casi una hora en dos autobuses para llegar hasta allí y me parecía frustrante rehacer el camino sin más. De modo que me tragué mi decepción y pulsé el timbre de bronce, que activó una vieja melodía infantil, una canción de cumpleaños o algo parecido.

«Esto es de locos», me dije. Pero antes de que pudiera echarme atrás, un suave zumbido indicó que la puerta se había abierto. Sólo tenía que empujarla, y eso hice.

Ante mí se abría un largo pasillo blanco –desprovisto de muebles o cuadros– con habitaciones a un lado y al otro. Daba la impresión de que allí no vivía nadie, pero el hecho de que la puerta se hubiera abierto demostraba lo contrario. Exploré el pasillo bajo el inquietante eco de mis pasos, y entré y salí de unas cuantas habitaciones vacías. Nada.

Iba a dar ya la visita por terminada, cuando, de repente, surgió una voz:

—Aquí —dijo.

Era una voz grave y algo quebrada, propia de un hombre mayor.

—¿Cómo? —pregunté asustada buscando de dónde venía la voz.

—Arriba —respondió—. Le estoy esperando aquí arriba.

Lancé la mirada en todas direcciones, pero no veía cómo podía llegar «arriba». Casi pensaba que estaba hablando con un fantasma cuando descubrí, tras una columna desconchada, una estrecha escalera de caracol.

Aquello no me tranquilizó, sino más bien todo lo contrario. Aun así, ya era tarde para cambiar de idea, y empecé a subir los breves escalones en una oscuridad total.

La escalera moría en una pequeña puerta de plancha que cedió tan sólo tocarla. Un estallido de luz anunció que me hallaba en una galería recubierta de cristal con un viejo escritorio en el centro. Detrás de él, un hombre de unos setenta años —el doctor Alba, sin duda—, de cabello cano y gafas de alta graduación. Al otro lado de la mesa, un sillón vacío. Estaba claro que esperaba que yo lo ocupara.

Tomé asiento sin atreverme a mirarle con detenimiento. Prefería que fuera él quien tomara la iniciativa. Le oí inspirar profundamente antes de decir:

—No me extraña que le vayan mal las cosas. Si mira siempre al suelo, estará condenada a arrastrarse.

Aquel comentario me pareció insolente y, por un momento, pensé en levantarme y salir de la casa. Creo que si permanecí allí fue, simplemente, porque no se me ocurría nada mejor que hacer.

—¿Quién le ha hablado de mí? —le pregunté molesta.

—Una amistad suya.

—Yo no tengo amigos.

—Pues, por lo visto, hay alguien que no piensa lo mismo.

—Esto es ridículo —protesté.

—Por cierto, Irene es un bonito nombre.

—Gracias.

—En griego significa paz.

—Lo sé.

Había decidido poner fin a la situación. Me disculparía por las molestias y, acto seguido, me levantaría. Pero aquel anciano miope y risueño me distrajo de mi propósito:

—No se preocupe por el dinero. Ya me pagará cuando vuelva a trabajar.

—¿Pagarle? ¿Para qué? Además... ¿y si no encuentro trabajo?

—Puedo correr ese riesgo. Estoy retirado, ¿sabe? De hecho, creo que me retiré sólo nacer. De las preocupaciones, me refiero. Y todavía soy un niño. ¿Sabe qué quiero decir?

—No.

—Bueno, da igual. No ha venido para conocer mi vida.

—La verdad es que no sé por qué he venido.

—Usted no lo sabe... —sonrió—, pero quien le ha mandado aquí sí.

Iba a preguntarle quién demonios era esa persona, pero justo entonces observé que el rostro del doctor adquiría una expresión solemne. Su tono era casi el de una advertencia:

—Espero que le guste viajar. Le queda mucho camino por delante.

—¿Viajar? ¿Adónde?

—Digamos que a un castillo, pero no a uno cualquiera. Es una mansión muy especial a la que sólo usted tiene acceso.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Le llamaremos «el castillo de los 9 espejos». Pero vamos a ir por partes.

Pensé que aquel hombre estaba chiflado y que lo mejor era seguirle el juego. Pasado un tiempo prudencial, me marcharía de allí para no volver nunca más.

—¿Cómo se llega al castillo de los 9 espejos? —le pregunté fingiendo interés.

—Volando, por supuesto.

Aquello confirmaba mis sospechas. Decidí, sin embargo, ser indulgente con él. No quería ofenderle.

—Pero yo no sé volar, profesor. ¿Puedo llamarle así?

—Ése es un problema que vamos a tener que solucionar.

—¿Me va a regalar unas alas?

Enseguida me arrepentí de haber dicho aquello. No era mi intención burlarme de él. Al fin y al cabo, probablemente sólo fuera un pobre viejo que necesitaba compañía para sus imaginaciones.

—No le hacen falta. Con que levantes la mirada del suelo será suficiente.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—Pero usted me acaba de decir que a ese castillo sólo se llega volando.

—¿Y qué cree que hace cuando sueña?

LA FIRMA

Era martes y, aunque no me apetecía nada pisar de nuevo la empresa, tuve que acudir para firmar el finiquito.

Atravesé las oficinas eludiendo las miradas de conmiseración de mis antiguos compañeros. Uno de ellos me sujetó por la manga en mi camino hacia el despacho de la directora. Era Adrián, el contable.

—¿Qué tal estás? —me susurró.

Creo que no llegué a contestarle. En tres zancadas me planté en el despacho de Beatriz, apenas veinticuatro horas después de que me hubiera despedido.

—Pasa, Irene.

Me quedé delante de su escritorio sin sentarme, mientras ella abría una carpeta azul y extraía un pliego de papeles con un cheque sujetado por un clip. Observé en silencio cómo sus ojos rasgados repasaban sin prisas todos los documentos. Siempre me había llamado la atención una pequeña curva descendente, a lado y lado de los párpados, que le otorgaban un aire casi oriental.

Camino de los cincuenta, podía decirse que Beatriz era una mujer atractiva, muy atractiva incluso. Me sorprendí a mí misma pensando todo esto, cuando me hallaba ante la persona que me había puesto de patitas en la calle. Aunque se supone que debería detestarla, la verdad es que no lograba sentir odio hacia ella.

Deslizó los papeles suavemente hacia mí y, con voz indiferente, dijo:

—Si estás de acuerdo, firma aquí abajo. Es lo que te corresponde según el convenio: un mes de sueldo por año trabajado.

Empecé a sentir que aquel despacho de cristal me producía claustrofobia, así que ignoré la letra pequeña y firmé maquinalmente los documentos. La mirada de Beatriz era firme, como si me estuviera diciendo: «Mide mejor tus pasos a partir de ahora».

Sólo se suavizó al ver mi nombre garabateado en el papel. Respiró hondo, como si se hubiera quitado un peso de encima. Entonces, mientras me apretaba la mano a modo de despedida, repuso:

—Lo siento.

SESIÓN UNO

El profesor Alba jugueteaba con una postal sin escribir de la que yo sólo veía el reverso. La sostuvo un rato a cierta distancia para contemplar mejor la imagen y la volvió a guardar en el cajón.

—¿Ha leído a Jung? —me preguntó entrecerrando los ojos.

—No.

—Era un colaborador rebelde de Freud. A mi entender, explicó muy bien lo que es el inconsciente.

—¿Ah sí? —asentí con fingido interés.

—Freud decía que la mente es un iceberg del que sólo emerge una séptima parte de su volumen. El resto queda oculto. Jung fue un poco más lejos y equiparó el inconsciente a una mansión.

—El castillo de los 9 espejos.

—Lo de los espejos es cosa mía —rio el profesor entre dientes—, pero veamos antes cómo es esa mansión. Es como si viviéramos en una casa magnífica de la que sólo conocemos el sótano: eso es la conciencia. Al soñar, abandonamos el sótano y nos perdemos por los corredores y escalinatas de nuestra mente. ¿Me sigue?

—Por supuesto —dije seducida por aquella explicación.

—Entramos en habitaciones secretas que nos dan miedo, así como en trasteros que no tienen utilidad alguna. Si tenemos suerte, podemos acceder a salas inundadas de una claridad y belleza embriagadoras. Sus ventanales dan a deliciosos paisajes con senderos que llevan a territorios nunca imaginados.

—Creo que no he estado en un lugar así desde niña.

—En la mansión del inconsciente también encontramos personas —dijo el profesor haciendo caso omiso a mi comentario—. Algunas nos resultan familiares, y otras totalmente desconocidas. Depende de la puerta que abras, puede aparecer un bello príncipe o un monstruo terrorífico. Pero unos y otros tienen algo que enseñarnos.

—Como en los cuentos.

—Algo así. Los sueños son cuentos que nos lee el inconsciente y muchos de ellos tienen un mensaje en clave. Nuestra misión es descifrarlos, porque tienen algo importante que comunicarnos.

—¿Y qué tienen que ver los espejos con todo esto?

—Ahora llegaremos. He descubierto que en el castillo del inconsciente se ocultan una serie de espejos muy poderosos. Y lo curioso es que suelen ser exactamente nueve. Tal vez se deba a que el número nueve se asemeja a un espejo con su asa, aunque esté algo torcida.

—¿Y qué tienen de especial estos 9 espejos?

—Cada espejo refleja un aspecto diferente de ti que desconoces. Por lo tanto, aunque te cause terror, debes mirarte en él: eres tú y aquello que debes superar.

Dicho esto, dio una suave palmada sobre el escritorio, que levantó una nube de polvo. Seguí con la mirada cómo las partículas se expandían en forma de nube bajo un rayo de luz.

—La verdad es que no estoy segura de poder encontrar esos espejos —comenté—. Si le soy sincera, apenas soy consciente de lo que sueño.

—¡Ajá! —gritó inesperadamente el profesor Alba—. Ése es el quid de la cuestión. Si tuviéramos que encontrar esos espejos en los sueños comunes, la cosa nos llevaría años. Ahí es donde entran los sueños lúcidos, mi especialidad.

—¿Qué son los sueños lúcidos?

—Tienen lugar cuando en un sueño, de repente, te das cuenta de que estás soñando. Es un estado muy poderoso, porque te permite explorar la mansión a voluntad. Con esa lucidez no te será difícil dar con los espejos.

—Pero cuando yo sueño, pienso que aquello está sucediendo en realidad —repuse.

—Y efectivamente está sucediendo, pero en un lugar diferente del mundo que conocemos en la vigilia. La clave está en soñar y ser capaces, a la vez, de controlar nuestros pasos dentro del sueño.

—Eso me parece muy difícil.

—Con un poco de práctica, se moverá a sus anchas. Para alcanzar la lucidez basta con que se dé cuenta de que está en un sueño.

—¿Y cómo se hace eso?

—Hay muchas técnicas para lograrlo, pero es indispensable prestar atención, aunque esté durmiendo. En los sueños, el mundo conocido suele tener fallos, como si los que montan el escenario hubieran trabajado con prisas: puede que las puertas y ventanas no estén donde suelen estar, que se mezclen elementos de diferentes personas o lugares, o bien que sucedan cosas que desafían a la lógica terrestre: ya sabe, elevarse por los aires y todo eso. Cuando detecte uno de estos signos, debe decirse «estoy soñando». A partir de aquí podrá moverse dentro de la escena con cierta autonomía. Debe estar atenta, porque los sueños lúcidos no suelen durar mucho. Aquí haremos luego el comentario de la película.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —dije aturdida.

—Por aquí —repuso el profesor mientras abría el cajón.

Acto seguido, extrajo la misteriosa postal y me la entregó con una sonrisa de complicidad, como una azafata que te desea buen viaje.

PISTA DE DESPEGUE

Una vez en casa, puse en el equipo de música el «Arabesco en mi» de Debussy. Recuerdo que la primera vez que lo escuché, de muy pequeña, me pareció una melodía de otro mundo. Hacía girar el disco los domingos por la mañana y bailaba sola en el salón, dejándome mecer por las olas de la música.

Más de treinta años después, el «Arabesco» volvió a sonar y noté cómo una suave placidez se instalaba en mi corazón.

Para mi primera experiencia con la lucidez, el profesor me había recomendado que preparara la «pista de despegue» con todo aquello que me ayudase a relajarme y soltar la mente. Siguiendo sus indicaciones, me había puesto muy cómoda y había bajado las luces hasta la penumbra.

Prendí mi mejor incienso y el aire se perfumó con sinuosas serpientes de humo que parecían danzar al son de la música. Completé los preparativos con una infusión de hierbas relajantes.

Recostada en el sofá, di un par de sorbos a la infusión antes de coger de nuevo la postal. El profesor me había recomendado que, antes de dormir, me concentrara en ella para «hallar el camino». Mostraba un castillo en lo alto de una loma, y era difícil determinar si se trataba de una fotografía o de un dibujo.

Luchando contra el sueño, fijé mi atención en la escarpada construcción de almenas doradas que refulgían bajo la luna. Sentí que el cansancio se apoderaba de mis miembros y que los párpados me pesaban. Me puse una manta encima y, con la vista anclada en el castillo, me repetía suavemente: «Sabré que estoy soñando».

En el exterior, podía oír cómo el viento rozaba las hojas de los árboles en un fresco susurro. Me distraje un momento contando las estrellas que se veían desde mi ventana. Luego volví a la postal.

«Esto no funciona», me dije, y, acto seguido, caí en un profundo sueño.

PRIMER ESPEJO

Me hallaba en un sendero esmeradamente arreglado. Parecía que un escrupuloso jardinero se hubiera preocupado de despejar de hierba el camino, dejando una mullida capa de césped a lado y lado. De alguna manera sabía que aquella senda me conduciría al castillo y caminaba —descalza y con pijama— a su encuentro. Una enorme luna pendía en el firmamento.

No sé por qué, tuve la certeza de que aquél era el camino. Pero, aunque andaba sin descanso, no lograba vislumbrar el castillo. De repente me di cuenta de que el castillo, el mismo que había visto en la postal, se erigía a mi espalda. Curiosamente, yo seguía andando en la misma dirección, y, tras cada paso que daba, el castillo estaba más cerca de mí.

«Estoy soñando» me dije, pues en los sueños a menudo las cosas suceden al revés.

Noté que una superficie dura rozaba mi espalda y me giré. Estaba ante la puerta del castillo de los 9 espejos, que se abrió sin que necesitara empujarla. Pese a ir descalza, no notaba el frío del enlosado de piedra, como si caminara unos centímetros por encima del suelo. Otro signo revelador de que estaba soñando.

Decidida a mantener la lucidez, atravesé la amplia entrada del castillo, que terminaba en una escalinata de mármol. Era un palacio austero de techos altísimos, con antorchas que colgaban de las paredes. Una suave música de piano daba al lugar un aire menos lúgubre. Más que un «Arabesco», lo que sonaba era un vals lento y nostálgico que se detenía de vez en cuando para volver a empezar.

Sin duda, aquella música procedía de algún lugar más allá de las escaleras. Las subí en cuatro zancadas y atravesé un pequeño corredor que moría en unas gruesas cortinas. A través de ellas se colaba una intensa fuente de luz. La melodía surgía del otro lado.

Me abrí paso entre las cortinas y me encontré, de repente, ante una enorme sala de ballet, donde media docena de muchachas hacían ejercicios en la barra. En el centro de la estancia había un piano de cola, tocado por un hombre mayor con gafas de alta graduación. Era el profesor Alba, aunque aquello no me extrañó, ni tampoco el hecho de que no se percatara de mi presencia. Se limitaba a tocar mientras las chicas hacían ejercicios en la barra al ritmo del vals.

Entonces caí en la cuenta de que la pared que sostenía la barra estaba recubierta con un larguísimo espejo. «El primero», me dije, y avancé con miedo por el suave tatami para verme mejor. Sin embargo, comprobé con estupor que el espejo sólo reflejaba a las bailarinas y al concentrado pianista. El espejo no devolvía mi imagen.

«Debe de ser un fallo del sueño», me dije aferrándome a la lucidez, y me detuve a contemplar cada una de las chicas, tan concentradas en los ejercicios que no repararon en mi presencia. Iban vestidas con un tutú blanco y el pelo recogido, como en un cuadro de Degas, y arqueaban los brazos graciosamente al ritmo de la música. Más allá del lirismo de la escena, me di cuenta de que cada una de ellas tenía algo especialmente bonito.

La primera que pude ver desde mi posición tenía las facciones muy armónicas, con una piel blanca y suave libre de imperfecciones. Sus labios eran gruesos y sensuales, algo que siempre hubiera deseado para mí, que tengo que usar pintalabios para que resalten. La segunda destacaba por la esbeltez de su cuerpo, alto y espigado, con las piernas bellamente formadas. Yo soy más bien bajita, así que disfruté viendo cómo aquella sílfide contorneaba su atlético cuerpo. La tercera tenía unos bellísimos ojos verde esmeralda que transpiraban inteligencia y placidez.

Me acerqué a esta última para contemplarla mejor. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de que yo estaba ahí? De repente, lo entendí. «Soy invisible», me dije, y sólo pronunciar estas palabras el tatami cedió ante mis pies, y me vi engullida por una masa cálida y oscura que cerró el sueño tras de mí.

SESIÓN DOS

Después de almorzar acudí a mi cita con el profesor, todavía aturdida por aquel sueño lúcido del cual no sabía qué conclusiones extraer. Durante los dos trayectos en autobús, repasé mentalmente las escenas del episodio nocturno y las anoté con cuidado en un pequeño cuaderno.

El caserón de la avenida de los Tilos estaba abierto y sólo tuve que empujar la puerta para entrar. La escalera de caracol ya no me daba miedo. Creo que me sentía incluso divertida, como una niña dentro de un excitante juego.

El profesor Alba me esperaba tras su viejo escritorio. En aquel momento hojeaba una revista femenina. Aquel detalle me habría sorprendido de no tratarse de un excéntrico como él. Tomé asiento sin esperar a que me diera permiso. Se mantuvo inmóvil todavía unos segundos, como si quisiera terminar la lectura de algún artículo. Luego cerró la revista y la dejó a un lado de la mesa.

—Se la ha dejado mi hija este mediodía —dijo a modo de excusa—. Viene cada día a alimentar a este viejo holgazán.

—No sabía que estuviera casado.

—Bueno, en realidad ya no lo estoy. Soy viudo. Pero, ¿a quién le importa eso?

—Lo siento. No soy quién para...

—Dejémonos de formalismos —me interrumpió— y hableme de su sueño.

Con la ayuda del cuaderno, le describí mi sueño con los máximos detalles, mientras el profesor golpeaba suavemente el escritorio con

un lápiz. Cuando llegué a la sala de ballet, no pude evitar preguntarle:

—¿Qué hacía usted ahí?

—Alguien tenía que tocar el piano —bromeó—. Yo lo estaba pasando en grande en una isla caribeña, cuando llegó un tifón y me arrancó de ahí para llevarme al castillo.

—¿De verdad? —pregunté con inocencia.

—Vayamos al grano —dijo, adoptando súbitamente una expresión seria—. ¿Qué le dice el primer espejo?

—La verdad es que nada, puesto que no me reflejaba en él.

—Ahí está la clave.

—¿La clave? Yo no la veo.

—Dice que no se reflejaba en el espejo. Sin embargo, sí que reflejaba a las bailarinas.

—Exacto. El espejo no me veía y ellas tampoco parecían verme, así que me dediqué a observarlas, amparada en la invisibilidad.

—¿No le parece tremendamente significativo?

—Si le soy sincera, no sé dónde quiere ir a parar.

—El sueño revela su tendencia a compararse con los demás, en especial con las otras mujeres.

—Puede ser —admití con cierta vergüenza.

—Al mirar a los otros deja de verse a sí misma. Por eso no se reflejó en el espejo. ¿Lo ve más claro ahora?

—Sí, reconozco que tengo algunos problemas con eso. Quizás sea por Andrea, mi hermana mayor. He crecido a la sombra de una mujer absolutamente brillante. Ella es todo lo que yo hubiera deseado ser: inteligente, divertida, exitosa en su carrera, segura de sí misma... muy guapa, además.

—Dado que son hermanas —dijo el profesor—, es lógico que usted comparta estas cualidades.

—No estoy segura. Siempre nos hemos llevado bien y, desde muy pequeña, Andrea me tomó bajo su protección. Se convirtió en mi punto de referencia: ella tuvo novio antes que yo, se graduó con buenas notas, encontró enseguida un buen trabajo... Tengo la impresión

de haber corrido mucho tiempo tras ella, intentando ponerme a su altura. Al final, creo que me he quedado bastante rezagada.

Después de esta súbita confesión –inesperada incluso para mí–, el profesor quedó en silencio, como si sopesara mis palabras. Finalmente declaró:

—Esta presunta desigualdad con su hermana le ha provocado un complejo de inferioridad totalmente injustificado. Pone mucho énfasis en sus defectos y, con toda probabilidad, le cuesta mucho reconocer sus virtudes. ¿Me equivoco?

—No se equivoca –dije ruborizada.

—Es de estas personas que van por el mundo pidiendo perdón por existir, por eso el espejo no la reflejaba. Pero esto se acabó: a partir de ahora va a dirigir la mirada a su propia vida. ¿Preparada para el segundo espejo?